

*Entregando nuestras vidas,
encontramos la vida*

NARRADOR: MARC GROSSMAN

PARA EL OBRERO AGRÍCOLA MIGRATORIO CADA DÍA ERA interminable; cada noche se sentía exhausto y con frecuencia hambriento. Su vida simbolizaba un pasmoso contraste con las cómodas vidas de las familias que saboreaban los frutos de su trabajo. En una tierra que prometía abundancia, los obreros agrícolas migratorios en los años 60 no tenían ni voz, ni derechos ni protección. César Chávez conocía estos problemas de primera mano. Él, que alguna vez había sido un obrero agrícola migratorio, era pequeño de estatura, de hablar suave y moderado; un tipo que fácilmente podía perderse en una multitud. Pero este amable gigante despertó la conciencia adormecida de la nación más poderosa del mundo.

Durante años, los estadounidenses llevaban a casa dulces y rollizos racimos de uvas sin pensar mucho en ello. Para fines de la década del 60, César Chávez había convertido la decisión de comprar o no uvas en un poderoso acto político. Este hombre callado con oscuros rasgos indios había convertido el acto ordinario de comprar víveres en una oportunidad de ayudar a otros, ejerciendo el poder de los hábitos de compra socialmente responsables.

Los obreros agrícolas habían intentado organizar un sindicato durante más de cien años. En 1965 comenzaron una enconada huelga de cinco años contra dueños de viñe-

dos de los alrededores de Delano, California. Dos años y medio después, en el invierno severo de 1968, sin ninguna solución a la vista, se encontraban cansados y frustrados.

César ya había decidido pedir ayuda. Creía que si las personas en las comunidades por toda la nación sabían del innecesario sufrimiento de los obreros agrícolas, responderían y harían lo que pudieran para ayudar. En un audaz acto de fe, César invitó a los consumidores a unirse en solidaridad con los Obreros Agrícolas Unidos (United Farm Workers o UFW). Les pidió que enviaran un mensaje mediante un boicot contra las uvas de California. El boicot comenzó con lentitud, pero aumentó constantemente durante los próximos dos años. Primero California, luego el resto de la nación, e incluso Canadá se unió en apoyo a los huelguistas.

En el ínterin, algunos de los huelguistas estaban impacientándose. Entre ellos, especialmente los jóvenes, empezaron a suscitarse rumores de violencia. Algunos querían desquitarse de los que habían abusado de ellos y de sus familias. Tomando represalias pensaban que podían demostrar su machismo, su masculinidad. Pero César rechazó esa parte de nuestra cultura «que les dice a nuestros jóvenes que uno no es un hombre si uno no responde». El boicot había seguido la tradición del héroe de César, Mahatma Gandhi, cuya práctica de la no violencia militante él había abrazado. Y ahora, al igual que Gandhi, César anunció que iniciaría un ayuno como un acto de penitencia y como una manera de responsabilizarse como líder de su gente.

El ayuno dividió al personal de UFW. Muchos no entendieron por qué César lo hacía. Otros temían por su salud. Pero los obreros agrícolas entendieron. Todas las

noches se celebraba una misa cerca de donde César estaba ayunando en los Forty Acres, donde estaba el centro operativo de UFW en Delano. Centenares, y luego millares, asistían. La gente levantaba tiendas en la vecindad. Traían ofrendas religiosas: cuadros y pequeñas imágenes. Los obreros agrícolas esperaban en cola durante horas para hablar con César en su cuartito, mientras él rehusaba entrevistas con los reporteros.

Después de veinticinco días, César fue llevado a un parque cercano donde concluyó el ayuno durante una misa con miles de obreros agrícolas. Había perdido treinta y cinco libras, pero en lo adelante los obreros agrícolas no contemplaron más la idea de la violencia. César había hecho oír su mensaje. El senador Robert Kennedy asistió a la misa y habló «movidó por el respeto hacia una de las figuras heroicas de nuestro tiempo».

César estaba demasiado débil para hablar, de manera que su pronunciamiento fue leído por otros tanto en inglés como en español. «Es mi más profunda creencia que sólo en la entrega de nuestras vidas encontramos la vida», leyeron. «El más auténtico acto de valor, la acción viril más enérgica es la de sacrificarse por otros en una lucha completamente no violenta por la justicia. Ser un hombre es sufrir por otros. Dios nos ayude a ser hombres».

Los empeños de César conectaron a las familias de clase media de las ciudades del nordeste y de los suburbios del medioeste con las familias pobres de los tórridos viñedos de California. Movidos por la compasión, millones de personas de toda Norteamérica dejaron de comer las uvas que tanto les gustaban. En las mesas de comer de todo el país, los padres les dieron a sus hijos una lección sencilla y poderosa de justicia social al acercarse a aquéllos menos

afortunados. Para 1970, el boicot de las uvas fue un éxito incalificable. Dobleándose a la presión del boicot, los dueños de viñedos al final firmaron los contratos sindicales, concediéndoles a los obreros dignidad humana y jornales más decorosos.

En los años que siguieron, César siguió valiéndose de huelgas, boicots, marchas y ayunos para ayudar a los obreros agrícolas a mantenerse firmes en defensa de sus derechos y a recabar apoyo de los estadounidenses ordinarios para que les ayudaran en sus empeños. En 1988, a la edad de sesenta y un años, César llevó a cabo su último ayuno público, esta vez durante treinta y seis días, para llamar la atención al envenenamiento con insecticidas de los obreros agrícolas y sus hijos.

Por los valores que muchos solían medir el éxito en la década de los 90, César Chávez no fue muy exitoso. Él se vio obligado a dejar la escuela después del octavo grado para ayudar a su familia. Nunca fue propietario de una casa. Nunca ganó más de seis mil dólares al año. Cuando murió en 1993, a los sesenta y seis años, no le dejó dinero a su familia. Sin embargo, en sus funerales, más de cuarenta mil personas desfilaron detrás de su ataúd de pino sin forrar, como un tributo a los cuarenta y tantos años que él dedicó a luchar para mejorar las vidas de los obreros agrícolas.

Una vigilia de toda la noche se celebró debajo de una gigantesca tienda antes del funeral de César en Forty Acres, donde su cadáver yacía en un catafalco abierto. Millares y millares de personas desfilaron hasta por la mañana. Padres llevaban bebés recién nacidos y niños pequeños en sus brazos. Un obrero agrícola explicó, «yo quería decirles a mis hijos cómo habían estado alguna vez en presencia de este gran hombre».

¿Cuál fue el secreto detrás de tan notable despliegue? Le preguntó un reportero cierta vez a César, «¿qué justifica todo el afecto y el respeto que tantos obreros agrícolas le muestran en público?» César simplemente inclinó la cabeza y sonrió. «El sentimiento es mutuo», fue su escueta respuesta.

Apoye a los **Obreros Agrícolas Unidos de EE.UU.** (United Farm Workers of América) y su quehacer no violento para cumplir el sueño de César Chávez de dignidad para los obreros agrícolas en todo el país llamando al 805-822-5571, ext. 3255.